

SARKOZY, PRESIDENTE: ¿CAMBIO “A LA FRANCESA”?

En toda Europa, la elección de Nicolas Sarkozy se ha celebrado como un cambio decisivo para los franceses y los europeos. Es cierto que las circunstancias de su victoria han sorprendido considerablemente a los observadores y han dado lugar a grandes elogios (§1). Sin embargo, como suele ocurrir en un acontecimiento político de esta magnitud, es lógico que surjan dudas. Muchos desconfían de Francia: ¿el talento de un joven Presidente bastará para derribar la “tiranía del *statu quo*” (Milton Friedman)? (§2). Me atrevería a formular otra pregunta más, ésta de sesgo políticamente incorrecto: ¿el Presidente está realmente convencido de la necesidad imperiosa de un cambio radical? ¿Tiene el carácter de Margaret Thatcher, de José María Aznar, de Silvio Berlusconi o del mismísimo Tony Blair? ¿Su idea no se parece más a un cambio “a la francesa”, marcado por la templanza y la ambigüedad? (§3). Todas estas dudas, que cuestionan al país y a sus dirigentes, ¿no justificarían in extremis un pesimismo absoluto? (§4)

§ 1. LAS ENSEÑANZAS DE LA CAMPAÑA Y DE LA ELECCIÓN

En mi opinión se pueden extraer cuatro grandes enseñanzas de las elecciones presidenciales que han llevado a Nicolas Sarkozy al Elíseo: la deriva

Jacques Garelo es Catedrático de economía en la Universidad d'Aix-Marseille III. Presidente de la Association pour la liberté économique et le progrès social.

de la izquierda, el fracaso del centro, una mayoría heteróclita y un deseo de cambio.

La deriva de la izquierda

Se ha dicho a menudo que no es Nicolas Sarkozy el que ha ganado, sino Ségolène Royal la que ha perdido. Socialistas como Dominique Strauss-Khan quieren convencerse diciendo que la derrota se ha debido a la mala calidad de la candidata y de la campaña, pero esto no es muy riguroso. La izquierda ha perdido tres veces seguidas la carrera al Elíseo (en 1995 con Jospin y otra vez con Jospin en 2002). El Partido Socialista no ha conseguido nunca el 30% de los votos en la primera vuelta. Es cierto que Ségolène Royal ha demostrado a menudo su torpeza y su incompetencia, pero sus últimas apariciones (sobre todo su debate televisado con Nicolas Sarkozy que tuvo lugar el 2 de mayo) no fueron tan malas. Supo aprovechar su indiscutible poder de seducción y los electores pudieron interpretar su ignorancia como sencillez. Por lo tanto, el problema no reside en la candidata sino en la izquierda. Se mostró dividida e inflexible, y sin duda la división provenía de su inflexibilidad. Los socialistas no supieron en ningún momento atraer hacia sí a la extrema izquierda. A pesar de que las inscripciones en las listas de electores de los barrios periféricos conflictivos se habían multiplicado, lo que daba la oportunidad de votar a jóvenes con fama de extremistas y asociales, la Liga Comunista Revolucionaria (Olivier Besancenot), Lucha Obrera (Arlette Laguillier), José Bové y el Partido de los Trabajadores (Gérard Schilacchi) sólo lograron en total el 10% de los votos, perdiendo casi 5 puntos si lo comparamos con anteriores elecciones. En lo que se refiere al Partido Comunista (Marie-George Buffet), se hundió totalmente con el 1,5% de los votos. Este partido fue en su momento el primer partido de Francia, con un tercio del electorado. Esto significa que los últimos estalinistas desaparecen del panorama electoral, mientras que los trotskistas no confirman sus expectativas. Sin embargo, todo este conjunto de la extrema izquierda había intentado reunirse bajo el paraguas de la izquierda “antiliberal”, y reprochaba al Partido Socialista el haberse echado en brazos del ultraliberalismo y dar la espalda a la Europa “social” (en 2005 el PS había defendido el “sí” en el referéndum sobre el proyecto de Constitución y la extrema izquierda había pedido el “no”).

Pero no nos engañemos, el Partido Socialista no tiene nada de liberal. Se ha quedado anclado en una doctrina marxista primitiva. A pesar de que Laurent Fabius defendiera una alianza con la extrema izquierda y que Dominique Strauss Khan se presentara como un socialdemócrata, no son los antagonismos doctrinales los que han dividido el PS, sino los antagonismos personales. La izquierda ha seguido defendiendo un paleo-marxismo con la justicia social como bandera: la sociedad francesa social-demócrata estaría compuesta, por una parte, por el poder del dinero, los empresarios, los propietarios y las grandes fortunas, y por otra, por el pueblo. Unos se divierten y disfrutan de sus privilegios y los otros sufren, son explotados, están alienados y sumidos en la miseria. Unos detentan el poder, incluido el de los medios, y los otros carecen de voz. La tragedia evidente del Partido Socialista reside en no haber sabido evolucionar y haberse quedado anclado en la lucha de clases. Mientras en toda Europa los socialistas aceptaban el capitalismo y el mercado, defendían las privatizaciones, los recortes de impuestos y el gasto público, obligaban a los sindicatos a asumir sus responsabilidades, en Francia no ocurría nada de esto. En otros países, se asumía que lo social y lo económico no eran nociones contrapuestas sino complementarias. En Francia, los socialistas se empeñan en decirnos que el poder económico, el malvado empresario y el detestable beneficio son los verdaderos enemigos del progreso social, al congelar el poder adquisitivo de los asalariados, la contratación de parados y la justicia social. De esta forma, los socialistas pierden en todos los frentes: los marxistas ortodoxos les reprochan no acelerar el curso de la historia, los centristas y los socialdemócratas les reprochan que se aferren al programa que elaboraron en 1972, en el Congreso de Epinay, que rompía con el capitalismo. Puede que ahí resida el éxito de François Bayrou en la primera vuelta.

Fracaso del centro

Nadie esperaba que François Bayrou obtuviera el 18% de los votos. Su ascensión en los sondeos realizados durante la campaña era ciertamente milagrosa. Y de hecho, ese éxito parecía inexplicable. Sin embargo existen dos explicaciones: el “ni-ni” y el “mi-mi”.

François Bayrou se presentó como un outsider, alguien ajeno a los partidos: ni UMP ni PS. Y eso le proporcionó su atractivo en todo el espec-

tro electoral. Los socialistas desencantados del PS, la gente de centro derecha (e incluso liberales como los dirigentes de una pequeña formación creada por jóvenes llamada Alternativa Liberal) desencantada de la UMP, y también otros ciudadanos corrientes decepcionados por la clase política en general y hartos del monopolio del poder y del debate ejercido por dos grandes formaciones políticas hegemónicas: esta ecuación le había salido bien a Valéry Giscard d’Estaing en 1974. Puede que hayamos asistido al nacimiento de una “tercera fuerza”, liberada del yugo de las jerarquías y de las mafias. Si así es, ¡bravo!

Pero François Bayrou también representa el “mi-mi”, es decir, mitad-mitad: mitad izquierda y mitad derecha. De esta forma se convertía en el campeón no de la tercera fuerza, sino de la tercera vía, algo que no tiene ni lógica ni porvenir. *Third way is no way*, dice el Presidente checo Vaclav Klaus. Es difícil tener un pie en el mercado y otro en la planificación, un pie en la descentralización y otro en el jacobinismo. Sólo algunas almas cándidas (se dice que algunos miembros del episcopado francés apoyaron lo que consideraron un resurgimiento de la democracia cristiana en Francia) creyeron que la UEDF (el partido de François Bayrou) podría reconciliar a los franceses y crear una armonía social que borrara el binomio derecha-izquierda. Por último, el paso de François Bayrou por el ministerio de Educación, donde no dejó un recuerdo duradero, le valió el apoyo de los sindicatos del profesorado y de su clientela.

Con un electorado heterogéneo que iba desde un izquierdista declarado como Djamel Bouras (campeón de judo) a un ministro liberal como François Goulard, de monjas a sindicalistas laicos, François Bayrou se hizo algunas ilusiones. Pero su barco no tardó en naufragar ya que la casi totalidad de los dirigentes de su partido se pasaron a Nicolas Sarkozy en la primera vuelta. Algunos creyeron ver en esto una prueba más de la hegemonía de la UMP; es decir, que resultaba imposible ser reelegido en las legislativas si uno se oponía a la máquina sarkoziana y presidencial. Otros llegaron a la conclusión de que el centrismo carecía de futuro en Francia. Yo comparto esta opinión, ya que un partido centrista no tiene razón de ser en un país en el que hace años que la política es desesperadamente centrista, donde la izquierda y la derecha se comportan, en general, de la

misma forma. Los políticos necesitan máquinas electorales poderosas, y han adoptado definitivamente lo que llaman “el empirismo”, que les dispensa de tener doctrina y convicciones. Si el centrismo, tal y como yo creo, es un ideario político vacío, en Francia estamos saturados de centrismo.

No hay duda de que el intento de poner en marcha una tercera fuerza dentro del espectro político francés ha fracasado y las elecciones legislativas se encargarán de confirmarlo. Me atrevo por lo tanto a emitir ese veredicto antes incluso de la primera vuelta.

Mayoría heteróclita

Pero lo que acabo de analizar en el caso de François Bayrou podría también aplicarse a Nicolas Sarkozy. Su bandera ha sido no identificarse con ninguna etiqueta, con ninguna sensibilidad ideológica, para erigirse en el campeón del empirismo y meterse en el bolsillo con gran habilidad votos totalmente dispares.

Para empezar, ha absorbido la totalidad del electorado de Jean Marie Le Pen. Una proeza que muchos han alabado. En Marsella, feudo del Frente Nacional, Jean Marie Le Pen, que solía acabar primero en todas las circunscripciones, fue relegado al tercer puesto e incluso al cuarto. En 2002 el presidente del FN rozó el 20% de los votos y pasó a la segunda vuelta, donde sólo obtuvo el 6%. Sarkozy se presentó (con razón o sin ella, pero eso es otro problema) como el Presidente que iba a resolver el problema de la inmigración (“inmigración escogida y no impuesta”), el que iba a exigir a los jueces un castigo sin flaquezas, el que iba a devolver a Francia su fuerza y su orgullo. El candidato de la UMP arrebató a Jean Marie Le Pen el eslogan “Francia, la amas o la dejas” (su rival le acusó abiertamente y con toda la razón de retomar sus palabras y sus ideas). Al alabar el trabajo, la patria, la familia, Nicolas Sarkozy se llevaba de calle todos los votos de la derecha clásica, y tuvo el valor y la habilidad de decir lo que Chirac nunca se había atrevido a proclamar (¿acaso habría podido hacerlo?): soy de derechas. Para ahondar más en este registro, Nicolas Sarkozy sedujo a los soberanistas y arrebató a Philippe de Villiers y a Jean Marie Le Pen uno

de sus temas favoritos: la preferencia europea y la protección contra la competencia de los países emergentes en el marco de la globalización.

Pero Nicolas Sarkozy no se olvidó del centro ni de la izquierda. A los centristas les ofreció la personalidad tranquilizadora de Simone Veil, presidenta de su comité de apoyo. Jean Louis Borloo, el ministro más a la izquierda del gobierno Villepin, también fue una de las figuras de proa de la campaña, y la idea de los “derechos sociales legalmente exigibles” vino que ni pintada en el momento que los llamados SDF (sin domicilio fijo) levantaban sus tiendas para exigir una vivienda digna, mientras el país celebraba los funerales del llorado abate Pierre. En Valenciennes, una ciudad obrera, Nicolas Sarkozy hizo un discurso con guiños a Zola, hablando con compasión de la miseria de la clase obrera y de las injusticias que padece. En los barrios periféricos, insistió en su idea de la “discriminación positiva”, prometiendo seguridad y ascenso social. Y una vez más hizo retroceder a Le Pen.

Por último, tampoco se olvidó de los ecologistas. Nicolas Sarkozy firmó sin dudar el pacto propuesto a todos los candidatos por Nicolas Hulot, un periodista aparentemente independiente, considerado en cierto momento el portavoz de los Verdes y cuyo partido acaba de hacerse añicos. Prometió obligar a Estados Unidos a firmar los acuerdos de Kyoto y admitió el principio de una “fiscalidad ecológica” que subvencionara las energías renovables y penalizara a los consumidores de energías no renovables.

Por el contrario, al candidato Sarkozy no le interesa mucho adular a los liberales. Estos se congratulan de las desgravaciones fiscales que se enumeran en el programa, pero el Impuesto Solidario sobre las Grandes Fortunas no queda abolido. Les gustan sus promesas de reformar la legislación laboral, pero las “35 horas” no se suprimen, ni tampoco el monopolio representativo de los sindicatos. Están encantados con el anuncio de la libre elección de escuela por parte de las familias, pero no se habla de competencia entre los establecimientos escolares. Por último, ven que el candidato sigue defendiendo el monopolio de la Seguridad Social en lo que concierne a la sanidad y las pensiones. Lo único que les ha impulsado a votar a Nicolas Sarkozy es la perspectiva del regreso al Elíseo de un socialista.

Ecologistas, soberanistas, nacionalistas, conservadores, progresistas, liberales: un grupo de lo más variopinto... Nicolas Sarkozy ha sabido huir de todas las etiquetas y al mismo tiempo reunir en torno a su nombre a todas ellas.

Necesidad de cambio

Sin embargo, la empresa de Nicolas Sarkozy de “reagrupar al pueblo francés” no hubiera tenido éxito si la población francesa no hubiese deseado con tanta fuerza un cambio auténtico.

En este caso, el índice de participación es un dato infalible. Si el 85% de los electores se movilizan tanto en la primera como en la segunda vuelta, eso quiere decir que esperan algo de la convocatoria.

Algunos han llegado a afirmar que la clase política francesa había recuperado de repente su credibilidad, y que sólo los malintencionados hablaban de la existencia de un muro entre el pueblo y sus representantes, entre “el país real y el país legal” (Maurras). Otros arguyeron que la campaña había sido más atractiva porque era la primera vez que se daba la palabra a la gente de la calle, en programas televisados en los que hombres y mujeres contaban sus problemas, hacían preguntas, etc.

Puede que esto tenga algo de verdad, pero creo que la voluntad de cambio era la principal motivación de los electores, sobre todo de los electores jóvenes. La mayoría de los candidatos podían parecer “nuevos” (aunque los tres primeros ya llevaban curtiéndose en la escena política y en los ministerios desde hacía más de veinte años). Los viejos caciques (Le Pen, Lagouillier, Buffet) han desaparecido del mapa.

¿A quién le puede extrañar las ansias de cambio del pueblo francés? Se le ha obligado a asumir todos los peligros que corre el planeta: cambios climáticos, contaminación, fanatismo religioso, guerra económica, sida y otras amenazas sanitarias. Y por si esto fuera poco, los “declinólogos” (especialistas del declive) han alertado a los franceses sobre la peculiaridad de su situación: más paro que en otros países, menos crecimiento, menos competitividad, una Francia desprestigiada en el ámbito diplomático, una fran-

cofonía en decadencia, jóvenes y capitales huyendo del país, una escuela que ha dejado de enseñar, una policía que ya no protege, etc. Sin embargo, millones de personas escucharon a esos “declinólogos”, denunciados por Jacques Chirac y Dominique de Villepin, porque el declive de Francia se retransmitía por televisión: revueltas e incendios, manifestaciones gigantescas, huelgas de los servicios públicos, errores judiciales, escándalos financieros, indemnizaciones doradas, despidos, deslocalizaciones, etc.

Las elecciones presidenciales han suscitado grandes esperanzas. Sarkozy hará realidad el cambio con el que sueñan los franceses.

§ 2. LA TIRANÍA DEL STATU QUO

Ahora bien, que “Sarkozy vaya a hacerlo realidad” está por ver. “En Francia, cuanto más cambian las cosas más siguen igual”. Este antiguo país no se deja hacer fácilmente y los cambios se producen a paso de tortuga. La incapacidad para acometer reformas explica por qué la historia de Francia es la de sus revoluciones. Como no sabe adaptarse, rompe la baraja. La palabra clave de Nicolas Sarkozy, y también de los candidatos más importantes, ha sido “ruptura”.

Pero, ¿se trata sólo de un problema de mentalidad? ¿Los franceses son psicológicamente conservadores? No lo creo. Más bien me decanto por los habituales análisis del *public choice*: la lógica de los comportamientos y las decisiones políticas es servir a los intereses personales y corporativos, utilizar los poderes públicos para fines privados. “El Estado es una gran ficción social en la que todos se esfuerzan por vivir a costa de los demás”. Esta frase de Frédéric Bastiat, el mayor economista francés del siglo XIX, sugiere que cuanto más poderoso es el Estado, mayor es la tentación y mayor es la codicia. Asimismo, Alexis de Tocqueville afirmaba que el vicio de los franceses era la envidia, un igualitarismo insaciable del que el Estado es el artífice.

Ningún país occidental (en sentido amplio) ha desarrollado un Estado de Bienestar tan voraz como el francés. Las retenciones obligatorias de im-

puestos representan más de la mitad de los ingresos. Más de un tercio de la población activa trabaja en el sector público (funcionarios y asalariados de las empresas públicas). Otro tercio vive de los subsidios y de las subvenciones de las Administraciones (agricultores, jubilados, parados, perceptores de ingresos mínimos).

Con este panorama, la clientela del Estado no ha dejado de aumentar. Las capas de ingresos de redistribución se han superpuesto, lo que en lenguaje sindical se llama “derechos adquiridos” (lo cual quiere hacernos creer que los sindicatos se lo han ganado a pulso). Cuando el dinero no basta, interviene la regulación: crea privilegios, consolida protecciones y monopolios. La superproducción de textos es un mal típicamente francés, pero crea miles de puestos de burócratas, expertos y consejeros. Por muy buena voluntad que tenga Nicolas Sarkozy, en el camino de las reformas anunciadas se enfrentará a escollos inevitables. Los más importantes: los sindicatos, la función pública, las corporaciones.

La particularidad de los sindicatos franceses

El sindicalismo “a la francesa” no tiene casi nada en común con el que impera en los países anglosajones, escandinavos o germanos. Existe incluso el “misterio de los sindicatos”, que ya he analizado en otras ocasiones: ¿cómo es posible que sindicatos que no son representativos, que son nocivos e irresponsables, puedan tener un peso de este calibre en la vida pública? Responder a esta pregunta es comprender por qué los líderes sindicales se oponen a cualquier cambio significativo.

La representatividad de los sindicatos ha alcanzado un nivel absolutamente ridículo. Menos del 5% de los asalariados franceses cotizan a un sindicato. Además es una media poco significativa: 15% de los sindicatos pertenecen al sector público, mientras que sólo el 2% a la empresa privada (y concentrado además en las grandes empresas). En las “elecciones sindicales”, en las que se designa a los delegados del personal o a los miembros del comité de empresa, participa el 8%. En otras palabras: los asalariados franceses no confían en absoluto en las formaciones sindicales ni en sus dirigentes.

Y nos les falta razón. Concebidos para limitar la oferta de trabajo en el mercado y mantener salarios más altos, los sindicatos se han visto superados por la realidad económica: no se puede remunerar a perpetuidad el trabajo por encima de su productividad marginal. El mercado laboral está relacionado con el mercado de los productos; el castigo que inflige la competencia es despiadado, y a medida que aumenta la competencia se tolera menos la distancia entre productividad y salario. Por esta razón la lucha sindical se ha ido desplazando poco a poco hacia el mercado de los productos, para aflojar la tenaza de la competencia, algo que sólo se puede hacer utilizando métodos coercitivos, es decir mediante el aparato del Estado. Esto explica que los bastiones sindicales franceses estén protegidos de la competencia: la función pública, las empresas del Estado. En el sector privado, confrontado a la globalización, la nocividad de los sindicatos los ha excluido, y las escasas empresas muy sindicalizadas son justamente las que han desaparecido. Los asalariados han comprendido que los sindicatos no creaban empleos ni aumentaban el poder adquisitivo; son los clientes los que los crean.

Pero careciendo como carecen de toda legitimidad democrática y eficacia económica, los sindicatos franceses tienen a cambio una ventaja específica: están politizados. Es cierto que la CGC (sindicato de los cuadros) y la CFTC (sindicato cristiano) son una excepción y que el compromiso político de la CFDT (que surge de la izquierda autogestionaria) es menos virulento desde hace unos años. Pero las dos grandes centrales sindicales, la CGT (comunista) y FO (trotskista) son fuerzas políticas con credo “revolucionario”. Nunca llegó el “gran amanecer”, pero siguen acaparando el debate público gracias a unos medios de comunicación que se alimentan de huelgas, manifestaciones y conflictos. Sólo les interesan las malas noticias. Esa es la explicación de la fuerza de los sindicatos franceses: su presencia contumaz en la escena política. Es una presencia muy minoritaria pero muy bien organizada: la CGT y FO saben movilizar un verdadero ejército a la sombra y pueden bloquear el funcionamiento del país dejando a la población sin transportes, energía o correo. Pueden y saben apoderarse de la calle, provocar manifestaciones, manipular a los jóvenes y a los provocadores. Los políticos de todos los signos, que a veces los necesitan para obtener su apoyo en las elecciones o para recuperar la “paz civil”,

según toque, siguen otorgando privilegios y favores a los sindicatos. La legislación laboral les reconoce una y otra vez el monopolio de la creación (no se puede crear un nuevo sindicato con una representatividad oficial nacional), el monopolio de la negociación (sólo ellos pueden firmar convenios colectivos con los empresarios), el monopolio de la representación (hablan en nombre del personal, incluso en las empresas en las que no tienen ningún delegado). Por lo tanto, es el derecho laboral el que les otorga una importancia de la que carecen desde hace mucho tiempo.

Pero aún hay más: da la impresión de que el Estado de derecho desaparece ante la intervención sindical ya que esta última puede ejercerse con total impunidad, infringiendo plenamente otras muchas leyes. La huelga se convierte entonces en huelga salvaje: se decide sin respetar en lo más mínimo los procedimientos legales. La libertad de trabajar de los que no hacen huelga no existe. Por esa razón las ocupaciones de locales, destrozos de material, destrucciones e incendios en la vía pública quedan sin castigo. Cuando José Bové, a la cabeza de un sindicato de agricultores, destroza un McDonald's o moviliza comandos de "segadores" para destruir los campos de maíz modificado genéticamente (los transgénicos-OGM), está cometiendo delitos recogidos en el derecho civil, pero se defiende de cualquier persecución alegando que es "contraria a la libertad de los líderes sindicales". Al final se le condenó a una leve pena de prisión y salió en libertad para realizar su campaña en las elecciones presidenciales. Los sindicalistas de la CGT de Renault condenados hace algunos años por enviar a varios capataces al hospital y que fueron despedidos por Renault, se han reincorporado de pleno derecho a la empresa. La irresponsabilidad está a la orden del día.

El rodillo sindical alcanzó su cenit en 2006, cuando se votó la ley sobre el Contrato de Primer Empleo (CPE) destinado a aliviar las cargas sociales en los empleos para jóvenes, y por lo tanto a promover el primer empleo y permitir el acceso al mundo del trabajo a los que están más amenazados por el paro. Este proyecto de ley presentado por el gobierno Villepin se votó en la Asamblea Nacional, pero el texto no se promulgó nunca ya que los sindicatos, y sobre todo los sindicatos del profesorado, preocupados por los jóvenes a los que aparentemente en-

señan tan bien, sacaron a los alumnos de los liceos a las calles, lo que desencadenó revueltas, acompañadas de los habituales destrozos. Los dirigentes se echaron atrás: la ley de la calle es más fuerte que la del Parlamento.

Resulta evidente que los sindicatos no tienen ningún interés en que las cosas cambien. No se nutren de las cotizaciones de sus afiliados, que no existen, sino de las subvenciones con las que les premia el Estado y la legislación. Los clientes de Electricité de France pagan el 1% de su factura de electricidad al comité de empresa en manos de la CGT. Esto representa millones de euros. Se comprende muy bien por qué la privatización de EDF y el fin de su monopolio no son un tema de actualidad, a pesar de las reprobaciones de la Comisión Europea. Los sindicatos participan en la gestión de todas las cajas de la Seguridad Social, sitúan a los suyos, vigilan “la salud financiera” de esas mismas cajas. Así que no es de extrañar que se opongan firmemente a cualquier reforma social y a abrir el sistema a los seguros privados y a la capitalización personal. Otro tanto ocurre con la gestión de las mutuas, un sector organizado por la ley y especialmente relevante en el campo de los seguros y los bancos.

Los líderes sindicales, al igual que los políticos, saben muy bien que el sistema social es deficitario, que está a punto de explotar, que crea desempleo, burocracia y múltiples injusticias. Pero resulta evidente que no les interesa revisar lo más mínimo el derecho laboral ni la cobertura social.

El estatuto de la función pública

La actividad sindical está especialmente desarrollada en la función pública. Aquí los privilegios son aún más escandalosos y la irresponsabilidad todavía más visible. En el sector privado, los errores y las exacciones sindicales se ven sometidos a la sanción del mercado: los excesos se traducen en despidos y en desaparición de empresas y empleos. Nada de eso les ocurre a los funcionarios franceses, protegidos por un “estatuto de la función pública” que les garantiza un empleo vitalicio, pluses de antigüedad y planes de jubilación más beneficiosos que los del resto de la población. No corren ninguno de los riesgos que conlleva la vida profesional.

Durante mucho tiempo ese estatus estuvo reservado a los agentes del Estado. Después se extendió, con las mismas modalidades, a los agentes de las Administraciones territoriales (regiones, departamentos y municipios) y finalmente a los hospitales públicos. En total, unos 4,5 millones de personas, es decir el 20% de la población activa. Francia es el país del mundo con mayor proporción de funcionarios.

Por lo tanto, a nadie le extraña que el 80% de las familias francesas deseen que sus hijos se hagan funcionarios, un deseo que también comparten los jóvenes, incluso los que proceden de la universidad y de las grandes escuelas (75%).

Este estatus de la función pública beneficia a los que lo han obtenido, pero resulta ruinoso para la economía. Es ruinoso en términos de gasto público. “Sembrad funcionarios y crecerán impuestos”, afirmaba Clémentineau. El déficit presupuestario del Estado francés es crónico. Su origen reside en el peso cada vez mayor de los gastos corrientes y sobre todo de la masa salarial (54%). El déficit lleva al endeudamiento y el pago de la deuda representa el 15% del presupuesto del Estado. Es también ruinoso en términos de improductividad. Los hospitales públicos tienen el doble de personal que los privados para realizar las mismas actividades, y el índice de absentismo laboral supera el 80%. En los departamentos, los servicios de la prefectura y los del consejo general tienen las mismas atribuciones: hay dos funcionarios donde sólo se necesita uno. Por último, es especialmente ruinoso por su burocracia: las familias y las empresas deben hacer frente a la complejidad y a la lentitud de los trámites administrativos. Hay que esperar meses para crear una empresa, para obtener un permiso de obra, el permiso de conducir, incluso para conseguir una cita en un hospital. Milton Friedman había calculado que el precio de la burocracia norteamericana se estimaba en un punto de crecimiento menos cada año. Me atrevo a decir que en Francia el precio a pagar es de dos puntos, lo que explica la diferencia del PIB francés del resto de la zona euro.

Por supuesto, los intentos de reducir el número de funcionarios en Francia han fracasado hasta hoy. Se ha propuesto varias veces no sustituir a los funcionarios que se jubilan, contratar nuevos empleados en la Administra-

ción sólo con contratos laborales, así como privatizar actividades consideradas hoy como “servicios públicos”. Pero nada de esto se ha llevado a cabo nunca, precisamente en nombre de la “defensa del servicio público” que ofrece, afirman sus defensores, todas las ventajas: gratuidad, continuidad e igualdad. De hecho, la gratuidad significa que el contribuyente paga sin tener ningún control sobre el gasto. La continuidad no está asegurada si se tienen en cuenta las incesantes huelgas de funcionarios. La igualdad es sinónimo de colas de espera y significa someterse a la arbitrariedad administrativa.

Cuando Bruselas quiso introducir la competencia en actividades mercantiles en la mayoría de los países europeos, que en Francia estaban consideradas servicios públicos, los sucesivos gobiernos alegaron “la excepción francesa” y el mito de los “servicios públicos a la francesa” para no cumplir las órdenes de los comisarios europeos. Esta excepción llegó tan lejos que incluso se consideró que la cultura era un servicio público, y por lo tanto el cine, la canción y el teatro francés merecían ser protegidos de la competencia, aunque fuera de la europea.

Nada puede poner en peligro la seguridad y la tranquilidad de los funcionarios: nada puede cambiar la esencia de la palabra “estatus”. Un “sindicato de parados” anda siempre exigiendo un “estatuto del parado”, lo que no deja de tener gracia. Francia, un país de personas investidas de estatutos, también se ha “*estatufiado*”.

La petición de los fabricantes de velas

Pero no sólo los sindicatos o los funcionarios se resisten al cambio decisivo que representaría la apertura a la competencia europea y mundial. No es nuevo. Bastiat, en su famosa “petición de los fabricantes de velas”, explicaba cómo los gremios se dirigen al Estado para obtener la protección de su “maravillosa industria” (que consistía en proteger a los fabricantes de velas de la competencia del sol, obligando a la población a cerrar todas las ventanas, tragaluces, etc.).

La competencia beneficia a los consumidores, pero es un estorbo para los productores. A estos no les gusta la competencia, prefieren el mono-

polio de la organización administrativa que les protege de la aventura inherente a los mercados libres. El libre comercio, ahora extendido por todo el planeta, constituye un verdadero reto. Algunos se niegan a realizar los esfuerzos de adaptación y de productividad que serían necesarios para seguir en la carrera: su objetivo consiste en anular la carrera.

El gremio de los funcionarios es sin lugar a dudas el primero de la lista, pero hay otros gremios que también desean escapar a la competencia gracias a la protección del Estado. El problema reside en saber por qué los políticos se convierten en sus cómplices. La respuesta la ofrece la escuela del *public choice*. los lobbies más poderosos son aquellos que representan a profesiones bien organizadas, con un impacto territorial, y por lo tanto electoral, muy bien definido. En este juego, las asociaciones de contribuyentes están en peores condiciones que las asociaciones corporativas: intereses demasiado difuminados, costes de organización demasiado elevados en relación con el número de personas, impacto territorial desconocido.

Por el contrario, los agricultores franceses reúnen todas las condiciones exigidas: no son muchos (menos del 5% de la población), están concentrados geográficamente, y sus asociaciones son muy poderosas (y además están subvencionadas por el Estado). Están seguros de su impunidad y no dudan en quebrantar la ley bloqueando carreteras o vías de tren, asediando (e incluso incendiando) edificios públicos.

De esta forma, con el pretexto de protegerles de la competencia salvaje de los australianos, de los holandeses, de los norteamericanos, de los españoles, de los italianos e incluso de los ingleses, hace mucho tiempo que los agricultores franceses viven a salvo de cualquier tipo de competencia gracias a la protección de la legislación francesa, que pronto fue sustituida por la legislación europea. Así nació la Política Agrícola Común dentro del Tratado de Roma y, gracias a una sucesión de moratorias que se extienden hasta 2013, esta política no se ha puesto nunca en cuestión. Se sabe que el maná europeo ha llegado a representar la mitad del presupuesto de la Comunidad Europea, y que sólo la indisciplina de los ingleses ha acabado con algunas subvenciones; pero las protecciones siguen en pie, y las negociaciones de Doha han dejado claro que los europeos no están dispuestos a

rebajarlas. En la actualidad, se ofrecen nuevos argumentos en defensa del proteccionismo agrícola: conservación del medio ambiente, patrimonio cultural, y la “ruralidad”, que ha hecho una entrada triunfal en la campaña electoral. En efecto, el éxito de la “ruralidad” es combinar tres elementos primordiales: la ecología, la defensa del servicio público y la protección de los agricultores.

Otras corporaciones no son tan eficaces como las de los agricultores, pero también constituyen un poderoso freno a la hora de realizar cambios. Es el caso de las profesiones liberales: médicos, farmacéuticos, dentistas, veterinarios, abogados, magistrados o notarios. En 1958, el Informe Rueff Armand había calculado que existían unas 1.500 corporaciones de esta índole; sin lugar a duda son aún más numerosas hoy en día ya que, por ejemplo, se han incorporado las autoescuelas, los monitores de esquí o de tenis y los peluqueros. Cualquier pretexto es bueno para mantener estas actividades al margen de la competencia y de la sanción del mercado: protección de la salud, de la calidad de vida, garantía de las competencias, obligación de ofrecer un servicio público. No creo que todas estas protecciones puedan resistir durante mucho tiempo a la homologación de los títulos universitarios europeos y a la instauración del libre comercio en los servicios. Pero ya hemos podido apreciar, en relación con la Directiva Bolkestien sobre la competencia en los servicios, que los gremios siguen siendo enormemente poderosos (el famoso “fontanero polaco” no puede inmiscuirse en el oficio de los fontaneros franceses).

Si se hace un balance global de todas estas resistencias al cambio, nos damos perfecta cuenta de que no van a desaparecer de un día para otro, y de que la “tiranía del *statu quo*” sigue en pleno apogeo. Además, se observa que todas estas resistencias tienen un denominador común: la intervención del Estado. Es el Estado el que se erige en protector de los sindicatos, funcionarios y gremios. Y no es de extrañar, ya que es el Estado el que ha creado todas estas fuerzas sociales, que desaparecerán en un contexto de libre empresa y libre comercio.

La paradoja es que los candidatos a las elecciones presidenciales franceses eran profundamente estatistas. Los electores franceses no han re-

flexionado sobre esta paradoja: deseaban el cambio, pero sólo podían votar a candidatos estatalistas, poco dispuestos a poner boca abajo las estructuras y los comportamientos creados por el Estado. ¿Era Nicolas Sarkozy el candidato menos estatalista?

§3. LAS INCERTIDUMBRES DEL CAMBIO

Les hago partícipes de una impresión muy personal: no creo que en este momento Nicolas Sarkozy sea el hombre del cambio. Tanto por falta de medios como por falta de convicciones.

Falta de medios

La envergadura de la empresa es sin lugar a dudas gigantesca. Al nuevo Presidente no le falta ni audacia ni capacidad: “Llevaré las reformas hasta las últimas consecuencias”, declaró el 30 de mayo, y añadió a modo de comentario: “Seré un Presidente que gobierna”.

Nicolas Sarkozy ha sido elegido con un margen muy amplio. Disfruta de una enorme popularidad. Dos franceses de cada tres confían en él. Ha reafirmado su deseo de gobernar, de concentrar en sus manos todos los instrumentos del poder. Confía el ministerio del Interior a Michèle Alliot-Marie, pero todos los departamentos del ministerio están en manos de personas de su confianza. Bernard Kouchner ocupa el Quai d’Orsay, pero es Nicolas Sarkozy el que dialoga con Angela Merkel y Jose Manuel Durao Barroso. François Fillon es el Primer Ministro, pero se le ha llamado inmediatamente al orden por amenazar a los sindicatos, exigiéndoles que aceleren sus negociaciones sobre los servicios mínimos en el sector público.

Pero él es plenamente consciente de que tendrá que enfrentarse a todos los que están investidos del *statu quo*. ¿Cree que podrá engatusarlos o darles gato por liebre sirviéndose de maniobras más o menos sutiles? Desde su acceso al cargo, ha recibido a los representantes sindicales en reuniones interminables. El secretario general de la CGT tuvo incluso derecho a una segunda entrevista de hora y cuarto. Ése no es el método Thatcher. Du-

rante la campaña, llegó a compromisos con las corporaciones que le atan de manos y pies al menos durante cierto tiempo, así que los agricultores, y todos los demás, pueden estar tranquilos. Por eso su capacidad de maniobra parece aún más débil, sobre todo si tenemos en cuenta que –sobre el papel– ningún Presidente había ostentado nunca tanto poder.

En realidad, para explotar su capital y consolidar su poder, Nicolas Sarkozy debe superar aún tres etapas, una de las cuales me parece particularmente peligrosa. La primera etapa es la composición de la Asamblea Nacional. Sin lugar a dudas, las elecciones darán al Presidente y a su partido, la UMP, una mayoría significativa y puede que absoluta, como viene ocurriendo desde 2002. Pero esto no implica que estemos ante un “Parlamento obediente”, compuesto de diputados dispuestos a avalar todas las iniciativas presidenciales. Es cierto que la V República ha ido derivando hacia una monarquía absoluta (ese era el objetivo de De Gaulle, pero era demasiado consciente de su importancia como para ocuparse de lo cotidiano y dejar aquélla en manos de sus ministros y diputados). Es cierto que la UMP parece una verdadera fortaleza. Pero puede que algunos jóvenes diputados creyeran en su día en la restauración de los poderes del Parlamento, una idea repetida hasta la saciedad por todos los candidatos. A ellos podrían unirse unos cuantos diputados independientes, que antes pertenecían a grupos (informales) como los Reformadores y la Generación Empresa. También se dice que los diputados de la UDF constituirán una nueva formación llamada Nuevo Centro. Del mismo modo, y sometido a la presión de los electores en problemas tan delicados como la fiscalidad, los servicios públicos, la enseñanza o la protección social, el Presidente no podrá mantener siempre callados a los diputados de la UMP y a los demás.

La segunda etapa es la de las elecciones locales de 2008. La izquierda se ha apoderado de todas las regiones (salvo una), de la mayoría de los departamentos y de los municipios. No sabemos si el impacto de las presidenciales durará hasta entonces. Durante un año tendrá que evitar cometer errores graves y navegar con prudencia. Muy a menudo, las elecciones locales son la revancha de las elecciones nacionales: habiendo vencido en 2002, la derecha lo perdió todo en 2003, al igual que le pasó a la izquierda, victoriosa en 1995 y en retroceso en 1996. Pero el imperativo de la pru-

dencia choca con la voluntad de ir deprisa, y con la tradición que afirma que lo que no se hace en los cien primeros días de un nuevo mandato no se hará ni se terminará jamás.

La tercera etapa, sin lugar a dudas la más peligrosa, es la que se ha dado en llamar la “tercera vuelta social”. Salvo que las fuerzas del *statu quo* se le sometan milagrosamente, Nicolas Sarkozy tendrá que negociar con ellas tres asuntos en los que los franceses quieren ver resultados: el servicio mínimo en las empresas públicas (sobre todo en los transportes y en la energía), las 35 horas y el contrato de trabajo, y el mapa escolar. Para ser exhaustivo, también habría que incluir la reforma de las universidades y la privatización de la EDF. No sé cuál será la estrategia que adoptarán los sindicatos, pero me resisto a creer que cedan en estas tres reformas, ya que perderían toda su credibilidad y su poder saltaría por los aires. Así que lo más probable es que Francia se enfrente a huelgas generales y a jornadas de movilización en toda la nación, parecidas a las que tuvo que sufrir Silvio Berlusconi durante su primer mandato. El Primer Ministro italiano no cedió al chantaje de un millón y medio de manifestantes. ¿Se puede esperar lo mismo del nuevo Presidente francés?

Falta de convicciones

La diferencia entre Nicolas Sarkozy y los grandes reformadores europeos de los últimos diez años es que él hace gala de su empirismo y que en realidad tiene una sola convicción: la del poder del Estado.

Los que han visto en Nicolas Sarkozy a un liberal se enfrentan a un panorama complicado. El propio Sarkozy lo ha dejado muy claro: “No me levanto por la mañana leyendo a Hayek ni a Thatcher”.

Toda la campaña de Nicolas Sarkozy ha estado marcada por el estigma de la ambigüedad y a veces de la contradicción. Ha ofrecido un discurso populista, un discurso dirigista, un discurso gaullista y un discurso liberal muy limitado.

En Valenciennes, el discurso dirigido a la población obrera es populista, rayando con el marxismo: se pone del lado de los “que viven en la preca-

riedad y a los que se explota como a animales de carga en condiciones indescriptibles”. Es tan bonito como un párrafo de Zola o de Jaurès, al que por cierto le gusta citar (también citó a Léon Blum, lo que provocó un gran escándalo entre los socialistas). La expresión “valor trabajo” se cita muy a menudo, y no se sabe si es un recuerdo de la palabrería marxista, como tampoco se sabe qué quiere decir la frase “Hay que pasar de los derechos ficticios a los derechos reales”. Lo cierto es que en su discurso de Périgueux, ha dejado patente su querencia por los derechos sociales, que desea que sean “legalmente exigibles”. En *Le Figaro* se puede leer: “En lo que se refiere a los nuevos derechos sociales que propone reiteradamente (jubilación íntegra para las madres de familia, aval público para que todos puedan acceder a un préstamo, “derecho legítimamente exigible” a la vivienda, al cuidado de los niños, a la asunción de la carga de la dependencia)... lo cierto es que no parecen estar inspirados en la Escuela de Chicago”. Nada más cierto.

Nicolas Sarkozy muestra su lado dirigista en sus numerosos elogios al Estado y a las virtudes de la política económica. Afirma que “el Estado ha hecho a Francia” y siente el deber de defender a los funcionarios “injustamente acusados de ser unos privilegiados”. Quiere que el Estado ayude a las empresas que atraviesan dificultades y organiza “polos de excelencia” alrededor de las grandes corporaciones empresariales. No ha dejado de recordar su intervención en el asunto Alstom, cuando era ministro de Finanzas: “Propongo que se dote al Estado de una herramienta financiera respaldada por la Caisse des Dépôts que le permita de forma temporal y puntual tomar participaciones en las empresas estratégicas que pasen por dificultades”. A escala europea, defiende una política económica a la que deberá someterse el Banco Central Europeo, el cual “no se ocupa bastante del crecimiento o del paro”. Sus ataques contra el BCE y un “euro fuerte” han sido constantes, aunque lo cierto es que todos los candidatos han dicho lo mismo.

Nicolas Sarkozy ha inventado o ha difundido algunas expresiones que han cosechado un éxito extraordinario en el pueblo llano: no hace mucho había denunciado el “dumping fiscal” y había amenazado con penalizar a los países que tuvieran impuestos más bajos que los franceses. Ahora piensa

en un IVA social según el cual los productos importados pagarán una parte de las cargas sociales. A esto se le llama “patriotismo económico”. Se trata una vez más de “la excepción francesa que defendemos de forma legítima... Se resume en tres palabras: la Nación, la República, el Estado”.

En lo que concierne a Europa y de forma más general a la política exterior de Francia, Nicolas Sarkozy parece querer retomar la tradición gaulista (ya veremos si la cohabitación con Bernard Kouchner será posible en esas condiciones). “Europa necesita protección. La palabra protección no me da miedo”, y también: “Defiendo la economía de mercado, la libertad, pero Europa fue construida para proteger, no para ser el caballo de Troya de la competencia desleal”. ¿Qué piensa sobre las instituciones políticas europeas? Para empezar, se niega a cualquier ampliación y se ha pronunciado de forma clara y casi violenta contra la entrada de Turquía en la Unión: Turquía no está en Europa; la Unión no puede tener una frontera con Irak.

No quiere retomar el proyecto de Constitución que rechazó Francia en el referéndum de 2005. Tiene en mente un tratado reducido para instaurar un tipo de decisión de geometría variable. ¿Cómo se tomarían las decisiones? ¿Por mayoría (cualificada)?, pero entonces un país sería libre de no cumplirlas... ¿En qué caso? ¿Un solo país o varios? ¿Qué mayoría? Algunos países podrían ver en esta jugada una maniobra muy francesa: los textos de la Unión se aplicarían en todos los países... salvo en Francia. De hecho, esto supondría legalizar lo que llevan haciendo los gobiernos franceses desde hace años: objetar la “excepción francesa” cuando las directivas europeas no les gustan.

Se dice que es atlantista. Desde luego es más atlantista que sus predecesores en el Elíseo y en Matignon, ferozmente anti-americanos y anti-Bush. Pero después de estrechar la mano de George W. Bush en Washington, se apresuró a poner sordina a sus simpatías norteamericanas y, a pesar de recordar los lazos históricos de amistad que unen a Francia y a los Estados Unidos (¿quién se atrevería a negarlos?), exige a los norteamericanos que ratifiquen los acuerdos de Kyoto y amenaza a la OMC con el veto de Francia en las negociaciones de Doha.

Es cierto que el programa de Nicolas Sarkozy contiene algunos elementos liberales. He dirigido un estudio que prueba el grado de liberalismo de los programas de los cinco candidatos más importantes (excluyendo a la extrema izquierda). Los criterios que se aplicaron se referían a las reformas en cinco grandes campos: el paro, las cuentas públicas, la protección social, la enseñanza y las relaciones internacionales. El resultado de esta evaluación ha sido claro: Nicolas Sarkozy era el más liberal, pero por poco y con una puntuación bastante mala de 80 sobre 180 puntos. En el campo de la fiscalidad es donde Nicolas Sarkozy obtenía casi todos los puntos: disminución de la progresividad, supresión casi total del impuesto sobre las grandes fortunas, supresión total del impuesto sobre los derechos de sucesión. También se esbozaban algunas tímidas reformas del mercado laboral, así como la libertad de las familias para escoger el colegio de sus hijos. Por último, Nicolas Sarkozy era quien más elogiaba el mérito y el trabajo, a la vez que denunciaba la dependencia del Estado y el parasitismo.

Para los liberales, esto supone ciertos avances en la buena dirección. Pero la acumulación de reformas puntuales no es suficiente para impulsar un cambio real. Es evidente que Nicolas Sarkozy no quiere someter a Francia a la terapia de choque que necesita desesperadamente.

Es posible que la envergadura del apoyo popular con que cuenta y sus próximos éxitos electorales puedan animarle a llegar un poco más lejos. Ha mantenido un silencio prudente sobre el sistema de protección social, considerando que el problema ya lo habían resuelto los gobiernos anteriores (sobre todo las leyes Fillon sobre jubilaciones). Tampoco se ha atrevido a abordar con demasiada profundidad el asunto de la libertad escolar. Sin embargo, Seguridad Social y Educación Pública son las dos causas principales de la irresponsabilidad que reina en el país.

En resumen, habrá que esperar a que la niebla del amanecer se disipe para poder ver el camino escogido por Nicolas Sarkozy. Por el momento no se puede saber cuál es y esa inseguridad inquieta mucho a los que tienen que tomar decisiones, ya sean empresarios que dudan a la hora de innovar o de contratar, ya sean padres que buscan las mejores opciones

para sus hijos, o futuros jubilados preocupados por sus pensiones. Gestionar al día no ha sido nunca un buen método de gestión. Jacques Rueff solía decir a los políticos y a los intelectuales: “Podéis ser socialistas, podéis ser liberales, pero tenéis que decir la verdad”. En el fondo, y por el momento, Nicolas Sarkozy es un Presidente muy “al estilo francés”: buscando siempre conciliaciones imposibles, prórrogas y moratorias, negándose a escoger, imprevisible por culpa del pragmatismo y del rechazo a toda doctrina.

§4. ¿HAY ALGUNA ESPERANZA?

No me gustaría terminar este ensayo en clave pesimista.

Para empezar, he querido ser prudente porque la situación, las mentalidades y los comportamientos pueden evolucionar en los próximos meses. Lo que hoy parece incierto u oscuro puede despejarse con el tiempo. Nicolas Sarkozy es suficientemente inteligente para cambiar de rumbo si el viento se pone a soplar con fuerza. Su “empirismo” puede llevarle a romper de forma brusca con los extravíos del pasado.

Por otra parte, las realidades económicas y sociales acapararán inevitablemente la atención de los franceses y de sus gobernantes. Realidades como la bancarrota de las cuentas públicas y de la protección social: este año, por ejemplo, el déficit no se contendrá, sino que aumentará y la deuda seguirá acumulándose. Realidades como el paro y los desequilibrios del mercado laboral: una mano de obra no cualificada demasiado cara, y escasez de personal cualificado. Realidades en el campo del ahorro y de la inversión: un ahorro incautado por la voracidad del Estado, la huida de capitales al extranjero. Y por último y sobre todo, las realidades de los intercambios comerciales europeos y mundiales.

Tal y como demostró Bastiat, sólo el libre comercio puede vencer la resistencia al cambio, poner fin a la tiranía del *statu quo*. Puede que a los franceses no les guste el libre comercio, pero ¿se lo pueden permitir? Francia está imbricada en una red de tratados y contratos que tendrá que cumplir

antes o después. La economía francesa es interdependiente con el resto del mundo. En Europa, Francia no puede imponer su ley, ni siquiera contando con la complicidad (dudosa) de Alemania. La esperanza de ampliar las fronteras de Francia a las de la Unión es ilusoria; ni Europa ni Francia son una fortaleza. Hace tiempo que el “caballo de Troya” está entre nosotros y los troyanos han hecho magníficos regalos a los que han sabido acogerlos y merecerlos.

Incluso en Francia, la sociedad civil se atreve a expresarse en la arena pública; los partidos políticos no son los únicos que pueden hablar en nombre de los franceses. La posición de la patronal francesa que representa el MEDEF (Movimientos de las Empresas de Francia) es nueva, y además atrevida. Laurence Parisot, su presidenta, se atreve a dar consejos y a lanzar advertencias al poder público, y la opinión pública recoge sus declaraciones con enorme interés. De forma paralela, se constituyen muchas asociaciones y clubes, los *think tank* se multiplican y se esfuerzan por analizar los problemas y encontrar las soluciones más factibles. Pueden contribuir enormemente a informar y a ofrecer una formación económica que permita a los franceses comprender la globalización, el mercado, la competencia, la empresa.

Por último pero no menos importante, la juventud francesa se ha abierto por fin al mundo exterior, a las lenguas extranjeras, viaja, se empapa de la diversidad de las culturas.

Todas estas circunstancias positivas evolucionarán de forma más rápida y profunda si nuestros socios franceses no dejan a Francia sumida en sus dudas, abandonada a sus fantasmas. Se le puede hacer un gran favor a Francia: que nadie entre en el juego de la “internacional” de los sindicatos, de las protecciones, de las políticas industriales, comerciales, monetarias. A nadie le interesa que Francia permanezca en un estado constante de implosión social y económica. Hasta ahora, los gobiernos franceses se han beneficiado de la complicidad de los demás. Y esto a pesar de que la Comisión Europea no ha dejado de advertir a los dirigentes franceses la necesidad imperiosa de emprender reformas estructurales indispensables. No hay duda de que hay que llegar más lejos y disuadir a los franceses de lle-

var a cabo un cambio “al estilo francés”. Será entonces cuando el Presidente se vea obligado a aplicar una terapia de choque que por el momento descarta.

Dentro de poco la excepción francesa dejará de ser un buen negocio para los franceses: Nicolas Sarkozy hará por empirismo lo que no ha querido hacer por convicción. Será el artesano de la ruptura, la que una mayoría de franceses –más o menos confusamente– han solicitado con el corazón y con el voto. Sólo entonces, mayo del 2007 marcará un hito histórico. Sólo entonces la esperanza habrá renacido en el país más antiguo de la Vieja Europa. Sólo entonces la libertad habrá derrotado al Estado más jacobino y más dirigista de todos los Estados europeos.

REVISTA HISPANO CUBANA HC

Castrismo interino

J. Machover, A. Añel, C. A. Montaner
N. Águila, R. Noriega, M. B. Roque
V. Roca, H. Palacios, O. Payá, R. Gómez
M. Vázquez Portal, D. Lago

Ocho mil noches de la vida

Raúl Rivero

El hombre nuevo

Jorge Gómez

Las relaciones sociales y culturales entre Cuba y Rusia

Álvaro Alba

Derechos Humanos, Documentos, Cultura y Arte

Número 27

€ 2007



Director
Javier Martínez-Corbalán

Consejo editorial
Cristina Álvarez Barthe

Elías Amor

Luis Arranz

María Elena Cruz Varela

Jorge Dávila

Manuel Díaz Martínez

Ángel Esteban del Campo

Roberto Fandiño

Alina Fernández

María Victoria Fernández-Ávila

Celia Ferrero Romero
Carlos Franqui
José Luis González Quirós

Mario Guillot

Guillermo Gortázar

Jesús Huerta de Soto

Felipe Lázaro

Jacobo Machover

José María Marco

Julio San Francisco

Juan Morán

Eusebio Mujal-León

Fabio Murrieta

José Luis Prieto Benavent

Tania Quintero
Alberto Recarte
Raúl Rivero

Ángel Rodríguez Abad

José Antonio San Gil

José Sanmartín

Pío Serrano

Daniel Silva

Álvaro Vargas Llosa

Alejo Vidal-Quadras

Redacción
Orlando Fondevila
Begoña Martínez

www.revistahc.org

PÍDALA EN SU QUIOSCO HABITUAL

Información y pedidos:

REVISTA HISPANO CUBANA HC

C/ Orfila, 8, 1º A. 28010 Madrid

Teléfonos: 91 319 63 13 - 91 319 70 48 Fax: 91 319 70 08